

LEEME

Revista de la Lista Europea
de Música en la Educación

Dirección: Jesús Tejada, Carmen Angulo
Secretaría: Cecilia Jorquera

ISSN: 1575-9563 DL: LR-2000

©Jesús Tejada. De los artículos sus autores

Red Temática de Música:
<http://musica.rediris.es>

Nº 11. Mayo 2003

LA AUDICIÓN, PRIMERA FASE PARA LA APRECIACIÓN MUSICAL.

María José Marín

Universidad de Sevilla

Se podría definir la musicalidad como la capacidad para crear e interpretar música de forma imaginativa, sensible y en ocasiones original.

Si se profundiza un poco más en esta definición, cabría decir que no es sólo cuestión de creación e interpretación (hechos incuestionables), sino que primeramente debe aplicarse a la capacidad para relacionarse con el fenómeno musical, sin la necesidad de ejecutar ningún otro acto musical ulterior, más que el disfrute y mediana comprensión de la **AUDICIÓN MUSICAL**. Como dijo **Aaron Copland**, *"si se quiere entender mejor la música, lo más importante que se puede hacer es escucharla"* (COPLAND, 1985: 23).

Siempre se le da más importancia al sentido de la vista, cuando al parecer los sordos experimentan mayor separación con el mundo que los ciegos. Cuidamos más el órgano de la vista que el oído, sin tener en cuenta que es un órgano muy delicado al que pueden dañar los índices tan elevados de contaminación acústica que sufrimos en la actualidad y que puede provocar daños irreparables.

La mayoría de la población tiene ciertas aptitudes musicales en la medida que poseen suficiente discriminación tonal para percibir una línea melódica y después reproducirla (menos del 10 % de la población son sordos). El gran problema, es el alto porcentaje de incultura musical del que se resiente la sociedad occidental. Y probablemente no sea por desganancia o falta de interés, sino por esta "cultura" de la no-cultura artística en la que estamos inmersos, y que parece improbable (que no imposible) desviar de rumbo. La situación es grave pero no desesperada.

Una de las primeras bases del sistema de trabajo ORFF es que todos somos musicales y que con trabajo continuado, todo el mundo puede desarrollar alguna percepción del ritmo, de las alturas y las formas musicales. Cualquier sentimiento de inferioridad suele ser injustificado, producto de nuestros propios complejos, dudas y falta de hábitos.

Cuando se le pide a alguien que cante, es muy típico escuchar respuestas como "no tengo oído", "no sirvo para esto", "no soy nada musical". Podría ser que no lo haya intentado nunca o no lo haya hecho con el suficiente interés; posiblemente, no estaba dentro de sus prioridades o de las de las personas encargadas de su formación académica y personal.

Evidentemente, tener a priori estas cualidades facilita la tarea, pero no es garantía de resultados positivos. No vale de nada contar con el mejor instrumental si no sabemos cómo utilizarlo provechosamente.

Ser musical, no es demostrar que se es capaz de imitar una canción segundos después de haberla

escuchado una sola vez, reconociendo la altura absoluta de las notas que la componen; o que se puede interpretar en un instrumento las melodías de la película que acabas de ver en el cine. No hay que desmerecer esta capacidad, pero es posible que estos dones casi acrobáticos no expresen necesariamente una auténtica comprensión musical.

El oyente, claro está, ha de ser capaz de reconocer una melodía cada vez que la oiga; ha de poder relacionar lo que se oye en un momento dado con el conjunto total de la audición, puesto que la música se desarrolla en el tiempo. Ha de buscar un equilibrio entre los tres tipos de audición que menciona Copland: encontrar un punto intermedio entre la mera audición pasiva de la música ambiental, camuflada como activa en perjuicio de nuestros intereses, y la escucha puramente musical, analítica, en la que invertimos demasiada energía en aprehender las estructuras musicales y la cohesión de todos los elementos, que en la propia música. Para ello, el oyente necesita de toda su atención.

En palabras de **Maneveau**, *"hay que enseñar y aprender a escuchar para oír y entender la música, pero es también enseñando a escucharla y entenderla como se cultivan las capacidades de escucha en general [...]. Enseñar a escuchar es una tarea que sobrepasa la finalidad artística para situarse a un nivel de una ampliación y extensión de las relaciones humanas. Oír música es en primer lugar oír al mundo, es decir, oír y escuchar al otro. Enseñar a escuchar plenamente la música puede llevar a una mejor comunicación con nuestros semejantes"* (MANEVEAU, 1993: 268-271)

No se propone la adquisición de habilidades y destrezas propias de un virtuoso. Se pretende un acercamiento a la música de tal forma que ésta no deje impasible al oyente, sino que provoque una respuesta emocional, del tipo que sea. Es educar el oído, abrirlo a un más amplio campo de vibraciones, formar en una educación abierta y activa al mismo tiempo, insistiendo en no esperar lo determinado, sino precisamente encontrar la sorpresa, de modo que no exista una reacción premeditada e impuesta por el medio externo a priori.

Se trata de poder llegar a un mayor grado de disfrute ante la audición de cualquier tipo de música, exento de erudiciones, que, como se ha dicho, nos puedan llevar a una comprensión analítica de la música, en detrimento de una respuesta espontánea a la percepción del estímulo musical; no abogo por una incultura musical, sino por una formación accesible para todos, más de los que muchos creen poder alcanzar para sí mismos u ofrecer a otros.

Para **Martenot**, "ser músico es disponer de unas facultades de receptividad que permiten a todos los aspectos del ser entrar en resonancia con las vibraciones sonoras y con el mensaje del que éstas no son más que el soporte" (MARTENOT1993:32).

El compositor, el intérprete, el auditor... cualquiera que sea la relación con el fenómeno sonoro, pretende e implica una escucha activa, en la que el proceso de OÍR se transforme en ESCUCHAR mediante la relación de conceptos, la memoria y el análisis (más o menos complejo) del fenómeno musical.

El profesor de instrumento dice al alumno: "Escucha qué es lo que tocas, piensa qué quieres hacer, transmitir y búscalo. La única forma de hacerlo es escucharte". Cuando la clase entera canta una obra coral, se les dice: "Escuchaos todos, escúchate a ti y a tu compañero. Si quieres hacer música y que suene a música, os tenéis que escuchar". Al poner una audición pedimos a nuestros alumnos que la escuchen, es decir, no sólo que oigan los sonidos que allí aparecen sino que intenten centrar su atención para poder comprender medianamente las complejas relaciones sonoras que se suceden o superponen. Es importante que intenten ver qué sucede y qué sienten durante y tras la audición, si es que son capaces de expresarlo con palabras, ya que no siempre es posible, ni siquiera necesario. Sólo escuchando serán capaces de criticar cualquier tipo de música; puede que incluso a la música que oyen en casa, en los bares o centros comerciales le presten más atención de la habitual y se sorprendan.

En una línea kantiana, el objeto de la educación es desarrollar toda la perfección de que es capaz el individuo. Por ello debemos educar el sentido auditivo de nuestros alumnos para que sean capaces de poder realizar juicios razonados, olvidando en la medida de lo posible las respuestas relacionadas con el gusto ("me gusta" o "no me gusta"). Todo tiene un por qué y esa es la idea que tenemos que inculcar a

nuestros alumnos: el verdadero valor de la audición aparece cuando somos capaces de apreciar lo que hemos escuchado más allá de la simple "mirada".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

COPLAND, A. (1985) *Cómo escuchar música* (2ª ed) México: Fondo de Cultura Económica.

MARTENOT, M. (1995) "Principios fundamentales de formación musical y su aplicación". *Música y Educación*, 55. 168-195.

MANEVEAU, G. (1993) *Música y Educación*. Madrid: Rialp.